

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## LA INTRANSIGENCIA.

Que nosotros, católicos de entendimiento y de corazón, defendamos la intransigencia doctrinal absoluta, no debiera causar recelos, ni producir alarmas, ni repulsiones de ningún género en el ánimo de los que se tienen por católicos y por católicos quieren pasar. Entendemos que la intolerancia dogmática, ó intransigencia doctrinal es una verdad de fé católica, un principio fundamental de la Iglesia, y una regla inmutable de conducta que ningún católico puede negar, ó repudiar sin perder su nombre glorioso, superior á todos los timbres y blasones. Hay más: donde quiera que la verdad sea manifiesta, es absolutamente exclusiva de su contrario que es el error. En todos los órdenes de la vida

humana, en todas las ciencias, en la misma naturaleza encontramos la intolerancia como una ley necesaria á la conservación del orden y de la armonía. «Poned junto al sol las mas negras sombras y él las disipará.» «Decid al juicio humano que no falle, conocidos sus términos de comparación, y os arrojará con lucida intolerancia.» ¿Qué conciliación ni avenencia puede haber entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la justicia y la iniquidad? ¿Estamos en posesión de la verdad? El catolicismo es la verdad, toda la verdad religiosa, toda la verdad filosófica, toda la verdad social, toda la verdad política. Todo sistema religioso, todo sistema filosófico, todo sistema político que contradiga, que se oponga y desvíe de la doctrina católica es falso, como todo acto

que se opone á la regla moral católica es pecado. Y como la verdad católica es pura como una virgen, no sufre mancilla, y como es íntegra, total, absoluta no consiente mutilaciones, ni distingos, ni transacciones. Toda transigencia con su contrario, con el error, arguye defecion, hija de la indiferencia y la negacion de un principio, el abandono de un punto, de un ápice, de una jota perteneciente al depósito de las verdades equivale á la negacion de todos los principios, al abandono de todo el depósito de la verdad.

Esta doctrina no es nuestra, sino de la Iglesia católica, columna granítica de la verdad, depositaria incorruptible de toda verdad y juez infalible de todo litigio doctrinal en el órden de los principios que son ley de las inteligencias y norma de las voluntades: De donde se colige que es damnable todo intento de conciliacion, transaccion, y tolerancia entre el Catolicismo que es toda la verdad y el liberalismo que es la sintesis de todos los errores. ¿Hay una política católica, ó un sistema político que abomina de todo liberalismo, y proclama como su base y coronamiento la soberanía social de Jesucristo, que vive y se nutre del espíritu

católico, y aspira y suspira por que todo sea católico en el Gobierno de las sociedades, y en el régimen político de nuestra patria? Sí lo hay: luego la intransigencia mas absoluta es un dogma, una ley y una necesidad de aquella agrupacion política que tiene la suerte de poseer la verdad y el valor sellado con sangre, de proclamarla muy alto y defenderla con heroismo. En la verdad no caben el *menos* y el *mas*; la verdad no es asunto de porciones. Es una é indivisible. Su pureza rechaza todo contubernio con el error; su integridad toda mutilacion, y su absolutismo todo consorcio con su rival, el error, en el reinado de las inteligencias y en la posesion de los corazones. O todo, ó nada. Podeis echar suerte sobre ella, pero partirla, jamás.

Z. M.

---

#### VARIETADES Y NOTICIAS.

#### LA FUGITIVA DE MANS.

(DEL VIZCONDE DE ARLINCOURT).

I

El sol se habia ocultado, la noche iba á cubrir con sus sombras la tierra. Un viento fuerte y glacial corria por los campos de Mans, de donde salian por todas partes gritos de desesperacion, de

dolor y de muerte. Horrorosos combates se habían verificado en ellos y se veían sembrados de cadáveres. Triunfaba la república; los feroces soldados de la revolución, conduciendo la muerte, asolaban con el hierro y el fuego á la heroica Vendée; un tropel de ancianos, de mujeres y niños huían ante ellos; y la fé, el honor, las virtudes y la fidelidad, todo lo que en la tierra hay de mas sagrado, cediendo á la metralla y al acero, buscaban refugio junto al Trono de Dios. Francia, presa del crimen, no les ofrecia abrigo; y en medio del naufragio social, para los hombres de ciencia la travesía era la prision y el puerto el cadalso.

## II

Beaufort, uno de los generales de la revolución, perseguía á los vencidos ceñido con la faja tricolor. Rodeábanle muchos oficiales. Celosos defensores de los sangrientos monstruos que gobernaban la capital, se decian héroes *de la Francia*, al paso que los generosos mártires de la monarquía, de la justicia y de la religion, eran llamados *bandidos*.

De repente el general lanza una exclamacion de sorpresa. Acababa de descubrir á lo largo del camino y en lo profundo de una ancha hondonada, una forma blanca y graciosa envuelta en un ligero velo. Llega, detiene el caballo, baja y se acerca... el último rayo de la tarde hacia distinguir el objeto desconocido que yacia allí, inmóvil, sobre la tierra húmeda y helada. El general se inclina y ve... ¡triste y doloroso espectáculo! el cuerpo de una jóven. ¡Desgraciada! decia Beaufort expuesta á mil contrariedades y en el teatro de la guerra, sin duda

había sido separada violentamente de su familia. Errante, sola y sin asilo, habrá venido á caer en este sitio fatigada del cansancio; la falta de alimento y el continuo sobresalto la habrán hecho desfallecer, *pobre bregante*.

¡*Que bella es!* dijo Beaufort, haciendo esfuerzos para levantarla.

Estaba sin movimiento y fria como el mármol; el fino tejido de su ropa no la resguardaba de la influencia del aire frío. A pesar de sus sufrimientos conservaba los encantos con que la dotara el cielo; su frente era pura y serena, su fisonomía dulce y tranquila, su cutis, blanco como la azucena, nada habia perdido de su brillo; su cabellera rubia caía en bucles al rededor de su cuello; pudiera llamarse un angel dormido.

## III.

Beaufort, vivamente enternecido, se quita su capa, envuelve en ella á la jóven y la sube al caballo cogida entre sus brazos.

—A Laval amigos, dijo.

El caballo hendía los aires. La vendedeana volvió poco á poco en sí. La agitacion del movimiento, el calor y el ruido la sacaron de su letargo; entreabre los ojos... una banda se presenta á su vista..

—«Dios mío! exclamó, estoy perdida.»

—«Joven, respondió Beaufort, ánimo, voy á salvaros. La desconocida vuelve la cabeza; quiere desasirse de los brazos que la sujetan.

—«Prisionera...» murmura.

—«¡Ibais á perecer sin remedio, dijo el jefe con trémula voz. La suerte os envía un amigo; esperad, tengo algun poder.

La infeliz desconocida le interrumpió.  
—«Matadme, soy vendeana.»

## IV.

Habían pasado muchos días. La interesante fugitiva, Angela de Meslières, había sido confiada por el general Beaufort á los cuidados de una vecina de Laval, llamada la *ciudadana Leclere* mujer hospitalaria y de relevante mérito. La vendeana había recobrado sus fuerzas en este asilo pero ¡cuantos tormentos la afligian! ¿Que suerte había cabido á su familia? En vano hablaba de esto; nadie la respondía.

El jefe revolucionario movido de sus encantos le ofrecía su mano y su corazón; era joven, amable y valiente... pero casarse una vendeana con un *Bleu!* esta idea helaba la sangre de sus venas.

—«Me aborreceis? le decía el republicano.

—«No, respondía la *brigande* pero *mi Dios* y *mi rey* sobre todo; ¿podré amar á sus enemigos?

«Yo creo en el Ser Supremo.»

—«Y ¡obedceis al que derriba sus altares!»

—«Amo la monarquía.

—«Y cantáis la Marsellesa!»

## V.

Los primeros dolores fatigan mucho, pero los últimos se llevan con resignación. Angela de Meslières fuerte y resignada se había restablecido de los golpes que sufrió; y aunque sola, aislada y proscripta, no estaba abandonada, pues tenía protectores invisibles é inseparables: sus virtudes, su valor y su Dios.

Una mañana supo que varias personas

de su familia, Madama Hay y sus cuatro hijas acababan de ser conducidas á las prisiones de Laval; su esposo y padre, oficial vendeano, había combatido por sus principios; cogido con las armas en la mano, su suerte no podía ser dudosa.

Vestida modestamente y provista de algun dinero, logra Angela introducirse en las siniestras prisiones donde la Francia revolucionaria encerraba sus víctimas; entra... allí estaban sus amigas, las compañeras de su infancia... cuatro encantadoras jóvenes, modelos de gracia y de inocencia... la fatal cuchilla aguardaba ya su presa.

Angela llorando se arroja en los brazos de sus jóvenes parientes. Madama Hay se dirige á ellas y levantando las manos al cielo exclama:

—¡Oh! no lloreis, la muerte, es hoy un triunfo, el tránsito á la felicidad eterna, el principio de nuestro descanso. ¿Por qué tenemos esta dicha?

## VI.

Abrese la puerta de la prision, y se presente un enviado del tribunal revolucionario. Arroja á los piés de las señoras de Hay el uniforme de un vendeano teñido de sangre y acerbillado á balazos. El guerrero que en el campo del honor había llevado aquel uniforme donde se veía aun prendida la cruz de San Luis acababa de ser fusilado.

—Ciudadanas, dijo una voz ronca y fiera, ¿reconoceis estos despojos?

Un grito de horror contestó. La señora de Hay cae arrodillada ante el uniforme ensangrentado de su marido. Los suspiros ahogan su voz.

Sus hijas volviendo el rostro exclaman:

—«Padre mío! desgraciado padre!»

—«Ciudadanas, ahora os toca á vosotras,» prosiguió el mensajero fúnebre, y sacando un papel leyó:

—«Hay, y sus cuatro hijas son condenadas....»

—«Condenadas!»

—«A muerte!»

#### VII.

Angela y las señoras de Hay quedan solas en la prision. La madre de estas cuatro victimas habia recobrado una tranquilidad excepcional. Conociase en su acento y en sus miradas que se resignaba enteramente á la desgracia y que ningun deseo de vivir turbaba sus pensamientos cristianos. Su vista penetraba ya las recompensas eternas. Veia desvanecerse lo presente como el humo y adelantarse un divino porvenir.

—«Amigas, exclama Angela,» Dios me inspira; un rayo de luz me ilumina. Tengo el medio de salvarlos: medio poderoso y cierto, Nadie se abata, valor. Hay un general enemigo... llamado Beaufort... y me ama. Ha pedido mi mano y siempre se la he negado; si os liberta se la concedo.

La jóven salió precipitadamente.

#### VIII.

Beaufort está al lado de Angela: le ha llamado: la buena Leclere está ausente.

«Escuchadme, dijo la Vendeana ¿es cierto que me amais?»

—«Que si es cierto! y podeis dudarlo?»

—«Quereis que sea vuestra inseparable compañera?»

—«Cielos! y preguntais estol! yo...»

«Basta interrumpió la proscripta.... no

hableis de amor en dias de asesinato, en presencia del crimen, en medio de tanta sangre.... oh! esta amalgama horrible me espanta y enardece, Beaufort, seré vuestra esposa. Pero con tal....»

—«Acabad, qué condicion?»

—«Una madre y cuatro hijas están condenadas á muerte...»

—«Qué quereis?»

—«Que se salven.»

—«¡La familia de Hay?»

—«Justamente. Haced que se suspenda la sentencia, salid al instante para Paris; obtened esta gracia de los verdugos y despues mi mano es vuestra.»

—«Partid.»

#### IX.

El republicano obedece fielmente las órdenes de la realista: ha logrado que le concedan la dilacion de la sentencia de las señoras de Hay; este plazo espirará el jueves próximo á las nueve de la mañana; apenas el general tendrá tiempo para salir airoso de su mision. Se apresura... Ya está en Paris.

Pero los tigres que reinaban en Laval se aprovechan de su ausencia para continuar con mas libertad sus planes de destruccion y de muerte. Su sangrienta rabia no tiene límites; se suplica un decreto para que todos los habitantes de Laval vayan á declarar el nombre de los extranjeros refugiados en sus casas. Madama Leclere, aunque asustada por las amenazas republicanas, se resistió á dar á la municipalidad el nombre de Angela des Meslieres; pero ésta la obligó á ello. Madama Leclere, segura por otro lado, de que la protegida de un general revolucionario no correria ningun peligro, se

decidió al fin... conducida la triste vendeana á la cárcel, al día siguiente fué sentenciada á muerte.

## X.

El tiempo del plazo tocaba á su fin: eran las seis de la mañana, faltaban tres horas de agonía, y la fatal cuchilla iba á levantarse.

—«¿Porqué hemos de aguardar á las nueve? murmuraban los mónstruos. Que se adelanten los relojes. Si Beaufort, logradas sus intenciones, llega hoy con el perdón de las víctimas; ¿qué afrenta para el tribunal? ¡Sustraer á nuestra vista impunemente cinco cabezas á las venganzas republicanas! La clemencia en el día de la emancipacion de los ciudadanos es un delito de lesa nacion; ¿quitar los *Brigands* á los verdugos! ¿que bello espectáculo perdido para el pueblo! Entreguemos al buitre su presa; no dejemos que se venda la justicia, no, el árbol de la libertad no florece sino se riega con sangre. ¡Jueces, no haya misericordia!»

—«Si, no haya misericordia.»

Y los infames cambiaron al instante la hora, en el gran cuadrante de la ciudad.

## XI.

Un carro fúnebre ha atravesado esta: seis mujeres son conducidas en él: la señora de Hay, sus cuatro hijas y una nueva sentenciada.. Angela de Meslieres.

—¡Oh que bellas eran! Algo de sobre natural resplandecía en sus rostros; Sofia, Emilia, Eleonora y Cecilia, tenían la vista fija en el cielo. Nunca su figura encantadora habia deslumbrado tanto. Se hubiera dicho al ver la serenidad de sus acciones, que espíritus invisibles cu-

bríendolas con una blanca egida, las ponian al abrigo de todo temor, y que abriéndose las nubes descendian sobre ellas las palmas del martirio.

—Angela, dijo una de las hermanas ¿has visto si viene?

—No vendrá, creelo; ó si vuelve será tarde. Un traidor, un republicano ejecutar una buena accion! no está en sus facultades, iria contra su costumbre. No podría lograrlo, y si así ha sido, tanto mejor.»

—Sí, contestó Emilia, tanto mejor. Estamos en el camino del cielo; la travesía será corta.

—¡Qué silencio! Ni una voz en este momento. ¡Nada detiene el carro!.. Adelanta, sube, y Dios espera!

La madre vendeana ha soureido; sus ojos brillan de esperanza. Destinada y dispuesta para la eternidad, parecia conducir sus hijas á una fiesta triunfal. Llegaba al puerto de la vida, y separada de la tierra, tenia ya un pié en los cielos.

## XII

Llegan á la guillotina las víctimas y se arrodivan; despues cual macabea cristiana, la madre dijo á sus hijas.

—Levantaos, caminad; unos pasos mas, y ganais el cielo.»

Suben al nuevo templo.... al vestíbulo del señor.... la cuchilla ha caido ya.... un angel menos en la tierra.

De repente se oye á lo lejos un ruido confuso y repetido que crece y se acerca. La multitud reunida en torno al cadalso se repliega en si misma; habia venido, no para gozar á vista de la sangre, no para aplaudir á los verdugos, sino para

admirar á las víctimas, aprendiendo á morir, llorar y acompañarlas y orar. ¿Pero qué desórden hay en la plaza? ¡qué confusión! ¡qué tumulto! Un caballero atropellaba á la multitud; trae un papel en la mano: habla, amenaza, suplica; sus gestos eran extremados; su caballa está cubierto de espuma.

—¡Perdon, perdon! gritaba el jefe.

Era un general. .. era Beaufort.

Pero un inmenso gentío ocupaba la plaza. En vano el libertador de Angela hace esfuerzos para llegar. No puede abrirse paso. Todos son obstáculos. Durante estas vanas tentativas, del pié del cadalso, una voz sonora y feroz, la voz del juez de Laval, se dirige al ejecutor.

«Verdugo, date prisa, despacha pronto.»

¡Y la cabeza de Angela ruedal...

### XIII.

La voz del pueblo resuena.

—«Perdon, perdon» se oye por todas partes.

El espantoso drama seguía. El general se abre al fin camino; pálido, fatigado, deshecho, con el pecho anhelante, llega al pie de la fatal máquina. Cinco cabezas hay á su vista: una de ellas era la de Angela.

Faltaba la sexta; aun vivía la señora de Hay.

—«Matadme, decia en ademan suplicante la infortunada vendean; matadme, por Dios, no me perdoneis.

—«Al instante, respondió el verdugo.»

Dejó caer la cuchilla y una sonrisa infernal asomó á sus lábios.

### XIV.

¡Quien pintaría el estado de Beaufort!

Su posicion... su desesperacion. Con la vista encendida, convulsivamente agitado, poseido de ardiente fiebre se hería el rostro con la violencia del delirio.

—«¡Mónstruos, gritaba, mónstruos; son las ochol!»

—«Venganza, respondió el pueblo, abajo los traidores, muerau los jueces!»

Y la multitud irritada, cansada al fin del atroz yugo que le habia dominado tanto tiempo, se lanza al tribunal revolucionario para quemarlo y reducirlo á escombros.

Beaufort no sigue á los hijos de la Vendée, apártase del lugar de la ejecucion, con el abatimiento pintado en su rostro. ¿Donde piensa ir? Lo ignora. Su caballo lo guia al acaso.

### XV.

Hora de agonía!... Hora infernal! El general republicano perseguido por las imágenes del crimen y del asesinato... casi fuera de sí... maldecía sin distincion su divisa y su bandera. Su caballo se detiene de repente, y se encuentra delante de una iglesia.

Aunque tenia el carácter de aquella época, Beaufort no era impío. Se estremeció y echó pié á tierra. La puerta del templo del Señor estaba abierta. Recuerda los dias felices de su infancia, en que una madre tierna y piadosa lo conducía al pie de los altares; murió hace mucho tiempo; si viviese ahora, hubiera seguido á Angela porque su alma era leal y pura. ¡Qué pensamientos tan crueles! El jefe republicano se precipita maquinalmente en el interior del Santuario; allí cae el desgraciado de rodillas, y dice en el fondo

de su corazón: ¡Madre mía! ¿Puede olvidarse nunca este dulce nombre?

El altar estaba despojado y roto: sin coro ni Santas imágenes. No importa, allí estuvieron antes. Allí dentro de estas paredes, olvidadas hoy, corrían los cristianos á pedir al juez supremo: allí bajaba de los cielos sobre el altar el Salvador del mundo. Allí, con las manos cruzadas y los ojos bañados en llanto exclamó Beaufort:

—«¡Dios mío!...

*Conversion de la Emperatriz Augusta.*

—Telegrafía al *Gaulois* desde Berlín:

«En la Corte no se habla mas que de la conversión al catolicismo de la Emperatriz Augusta, viuda de Guillermo I. Parece ser que la profesión de fé de la anciana Emperatriz, que tanta predicación venia demostrando hacia veinte años por el catolicismo, tuvo lugar ante el Capellan del Príncipe Radziwill, el cual, en union del Conde de Nesselrode, ambos fervientes católicos, sirvieron de testigos á tan consoladora ceremonia.

*Justo castigo.*—El alcalde de Cerbére (Pirineos Orientales) tenia declarada la guerra al cura del pueblo, e hizo abrir una zanja en el terreno comunal, frente á la escuela libre del buen Párroco, para impedir que los niños asistieran á ella; lo cual consiguió por algun tiempo, y de ello se jactaba, riéndose á carcajadas cuando se hablaba de su proeza.

Pero sucedió un dia que, ignorando el hecho, su anciano padre cayó en la zanja y se hirió gravemente en la cabeza. Desde entonces el alcalde no ha vuelto á

reirse de su gracia, y ha mandado cubrir la zanja.

*Una frase del Shah de Persia.*—Con motivo de las bodas de oro de Mr. Gladstone al cumplir sus cincuenta años de matrimonio, de las que se hablaba delante del Shah de Persia, dijo éste:

«Vale mas vivir cincuenta años con una mujer, que en un año con cincuenta mujeres.»

Esta frase, en boca de un pagano, no necesita comentarios.

El Sr. Leroy-Beaulien escribe en la *Revista de Ambos Mundos* lo siguiente: «Una sociedad en la que están en lucha el Estado y la Religión no puede ser sino una sociedad profundamente perturbada.»

El mismo escritor ataca la impía teoría del Estado libre ó ateo, es decir la separación de la Iglesia y el Estado.

El famoso mason Orsini, encargado por las sectas secretas de matar á Napoleon III, en sus memorias impresas en Turin el año 1858, hace una magnífica pintura de sus conocidos y queridos hermanos en... masonería.

Dice así:

»Hombres infames que se llaman virtuosos, y no son mas que unos bellacos, peores que nuestros mismos enemigos, y dignos de ser arrojados de la compañía de los hombres de bien. Estas infamias tienen lugar entre las sectas, en las cuales muchas veces, en lugar de la razon, de la rectitud, del amor patrio y la honestidad, prevalecen la injusticia, la ceguera, la mentira, la envidia y toda suerte de bajas y abyectas pasiones. El mentir continuo, el misterio y los rodeos en que se ven obligados á envolverse los sectarios, terminan por convertirse en un hábito, y el ánimo se corrompe.»